

Dos poemas

de

Jaime Torres Bodet

(de "Sin Tregua", libro en preparación.)

RECUERDO

DESCUBRO, en el olvido, una sonrisa,
pero los labios no, que me la dieron;
una mirada y no su contenido;
a veces todo un rostro, pero entonces sin cuerpo;
una calle, una casa,
pero no la ciudad donde las vimos;
un número que fue sin duda urgente:
sumando de guarismos impecables,
cifra de intimidades misteriosas,
un número de alcoba, o de teléfono,
capaz de abrir palacios invisibles
en pisos para siempre abandonados.

Extraigo de la nada un viejo puerto.
Y, sobre el puerto, un mástil. Y en la punta
del mástil solitario, una bandera.
Pero no sé qué júbilos proclama
ni quién la izó frente a la rada oscura.

Surgen, después, un trozo azul de cielo
y un granado en la luz de un sol de estío . . .
Y, de nuevo, los ojos imperiosos,
la sonrisa desnuda y sin objeto,
el número vacío de substancia,
y la calle y la casa inexplicables
y, sobre el viejo mástil, desplegada
por un viento sin viento,
la bandera sin causa, terca y sola . . .

Y todas esas ruinas forman, juntas,
lo que llaman los hombres un recuerdo.

EXODO

VENÍAN del terror y del tumulto,
huyendo de provincias bombardeadas
en donde solamente
siguen doblando a muerto esas campanas
que nadie ha visto y que ninguno atiende.
Venían de los límites de un mundo
perdido para siempre . . . ¡y perdido por nada!

Traían a caballo, a pie, en carrozas
de pompas funerarias,
o sobre antiguos coches de bomberos,
todo lo que se salva
—en el minuto ciego de la angustia—
de lo que fue un hogar, una costumbre,
un paisaje, una época del alma:
el retrato de un niño vestido de almirante,
el proyector de una linterna mágica,
un reloj descompuesto, un calendario,
la funda de un paraguas,
el pasaporte oculto donde sangran las visas
y, junto al corazón, no una medalla,
ni una carta de amor, sino un paquete
de billetes de banco — porque todos,
hasta los más modestos, esperaban
comprarse un porvenir dichoso y libre
al llegar a la aduana deseada.

Venían sin rencor, sin pensamiento,
formando un gran ciempiés de sombras cautas,
sorprendidos de ser tan numerosos
y de no descubrir en tantas caras
ni una sonrisa amable, ni unos ojos
donde verse, al pasar, sin desconfianza.

Iban hacia el destierro con el mismo
premoso paso, anónimo y oscuro,
que los llevó —en la paz abandonada—
al taller, a la escuela, a la oficina,
pidiéndose perdón unos a otros
cuando la multitud los agolpaba
en un recodo estrecho
de la ruta polvosa, ardiente y larga.

A veces una cólera surgía.
Era una llama rápida,
la luz de un grito que lograba apenas
probar hasta qué punto les mentían
el cielo, el sol, el viento, las distancias.

Pero pronto volvía a integrarse el silencio.
Porque nada hay tan mudo como una tribu en marcha
desde el amanecer hasta el exilio,
a pie, a caballo, en coche,
en carros de combate, en ambulancias,
ejército que avanza preguntándose
a cada instante si la blanca torre
adivinada al pie de la colina
anuncia ya la etapa:
el pajar donde pueden los vencidos
hallar al fin un sueño sin fronteras
sobre un suelo que ayer era una patria . . .